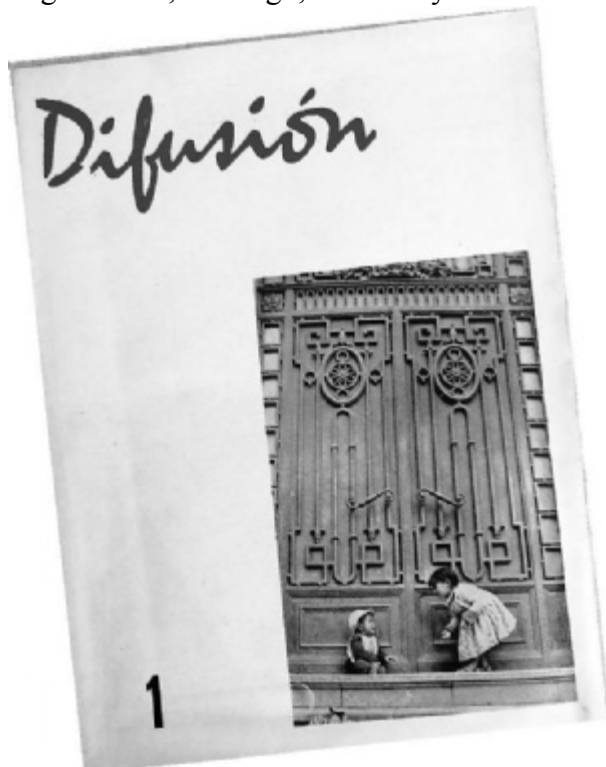


Jorge Catalano y la cueva iluminada

A manera de homenaje, Alfonso Gumucio recuerda al editor Jorge Catalano de quien se cumplen 30 años de su fallecimiento.

Página Siete, domingo, 07 de mayo de 2017



Tapas de la revista Difusión, impulsada por Jorge Catalano.

Alfonso Gumucio Dagon *comunicador social*

Este 8 de mayo se cumplen 30 años del fallecimiento de Jorge Catalano y por supuesto, como suele ser en este país desmemoriado, pocos lo recuerdan. Una vez al mes yo suelo detenerme unos minutos frente a su nicho en el Cementerio General de La Paz, después de dejarle flores a mi padre, que descansa a escasos metros.

Aquí quiero recordar a Jorge Catalano con cariño, como amigo y colega, como editor de libros valiosos de nuestra literatura, como autor de cuentos, poemas y biógrafo, como librero que amaba su oficio, como melómano y como director de la revista Difusión.

Empiezo con una necesaria introducción para quienes no lo conocen. Jorge nació de padre italiano y madre boliviana en el suburbio parisino de Antony, a 14 kilómetros al sur de la capital francesa, el 25 de noviembre de 1928 y falleció en La Paz el 8 de mayo de 1987. El año 1938, cuando tenía apenas 10 años de edad viajó en barco a América del Sur a través del Canal de Panamá e ingresó a Bolivia acompañado del reverendo José María Sempere.

Terminó sus estudios de primaria en Sucre, en el Colegio Sagrado Corazón de Jesús, y luego siguió la secundaria en Tupiza y Potosí, culminando esa etapa en La Paz, donde en 1955 siguió estudios universitarios en la carrera de Filosofía y Letras de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA). Contrajo matrimonio con Consuelo Ríos Gastelú y tuvieron tres hijos: Ana María, María Beatriz y Fernando David.

Tuve la fortuna de conocerlo, de estar cerca de su labor como editor y de visitarlo muchas veces en su casa o en la librería que tenía en la avenida Mariscal Santa Cruz. En la trastienda de la Librería Difusión nos reuníamos para elaborar la revista del mismo nombre.

Ahora todo es tan fácil. Una computadora, una impresora láser o una imprenta casera.

Fabricar una revista no representa mayor problema técnico. El reto es que los colaboradores no fallen.

Antes era lo contrario, nuestra necesidad de publicar era enorme, todos estaban dispuestos a escribir sin compensación alguna, pero las dificultades técnicas nos llevaban a producir de la manera más artesanal.

Por ello cuando Jorge Catalano nos ofreció hacer una revista, saltamos sobre esa oportunidad. Se llamaría Difusión, como su sello editorial, en el que publicaba pocos títulos pero tan importantes como la primera edición de Felipe Delgado de Jaime Sáenz, o la primera de El estudiante enfermo de Porfirio Díaz Machicao, con esa foto sensual y entonces provocadora de Freddy Alborta en la tapa que fue un escándalo para la época.

Cuando lo entrevisté, don Porfirio tenía la foto enmarcada en su escritorio, muy orgulloso del éxito que había tenido la novela, éxito del cual la tapa había sido un factor no despreciable.

Cada libro era una proeza. Luis H. Antezana cuenta en uno de sus libros que Jaime Sáenz y Jorge Catalano tuvieron malentendidos durante el proceso de publicación de Felipe Delgado.

Lo que yo recuerdo es que para Difusión era un riesgo comercial grande, dadas las 712 páginas de la novela y el hecho de que Jaime era conocido como poeta pero no como novelista. Además, Sáenz no era entonces el mito dionisiaco en el que lo han convertido después de su muerte. Era un poeta de carne y hueso, bastante excéntrico en su vida cotidiana, pero accesible y buen conversador.

La primera edición tuvo problemas, según recuerda Cachín Antezana, porque se retrasó al punto que la tipografía de la primera parte (en ese tiempo se imprimía con caracteres de plomo) fue fundida, de manera que tuvo que optarse por una tipografía parecida, pero no igual, para terminar el libro. No dudo que eso le cayó mal a Jaime, que era tan cuidadoso con sus ediciones.

Él mismo diseñaba hasta las tapas de sus poemarios, de los que conservo varios que me obsequió.

Al final, salió una primera edición maltrecha, una rareza bibliográfica, porque se considera la "verdadera" primera edición la que apareció poco más tarde, en 1979, con texto de solapa escrito por Cachín Antezana, foto de portada de Javier Molina, e impresa en los Talleres Gráficos del Comité Ejecutivo de la Universidad Boliviana (CEUB).

Otros títulos seminales cuya primera edición publicó Jorge Catalano en esos años: Los deshabitados de Marcelo Quiroga Santa Cruz, Sombra de exilio de Arturo von Vacano, Ya nadie espera al hombre de Renato Prada Oropeza, Los réprobos de Fernando Vaca Toledo, y Poemas para un pueblo de Pedro Shimose.

La revista Difusión era un esfuerzo paralelo importante, pues había muy pocas revistas literarias en Bolivia. Aunque Jorge Catalano figuraba como director, el artífice era Pedro Shimose, aunque no figuraba sino como ilustrador en alguno de los números. Otros colaboradores cuyos nombres no aparecían en los créditos eran Jaime Nisttahuz, Carlos Coello, Oscar Rivera Rodas y Manuel Vargas, con quienes nos reuníamos en la trastienda de la librería mientras Jorge ponía música clásica a todo volumen.

A partir del número 5-6 aparecíamos varios "corresponsales": Primo Castrillo en Estados Unidos, Renato Prada en Bélgica, Silvia Mercedes Ávila en Chile, yo en España, y Pedro Shimose como autor de las ilustraciones. Dibujó varios retratos de Jorge Amado, Helder Cámara, y Joao Guimaraes Rosa para un texto de Fernando Vaca Toledo sobre Jorge Amado. Don Ernesto Burillo, a quien tuve el privilegio de frecuentar en su imprenta muchas veces, se hacía cargo de imprimir Difusión y aparecía de manera prominente en los créditos de la revista como "Cooperativa E. Burillo Ltda". Los dos primeros números tenían 12 páginas (36

x 27 cms), los dos siguientes 16 páginas, el número doble 5-6 tuvo 24 páginas y el último volvió a 16.

La página 2 de la revista estaba invariablemente dedicada a breves notas sobre la actividad cultural, bajo el título de La cueva iluminada, que escribía Pedro Shimose. La idea de Pedro era demostrar que a pesar de que nuestro país estaba "encuevado" entre montañas, sucedían cosas en el campo de la cultura que iluminaban la cueva. Las notas eran siempre atemporales, no tenían fecha, pero daban cuenta de presentaciones de libros, exposiciones, películas, etc. En la sección "De la nuez | del ruido" (dos páginas), que apareció a partir del cuarto número, ofrecíamos breves comentarios bibliográficos sobre libros en su mayoría bolivianos. Sin ningún celo, en Difusión hablábamos de las ediciones de Camarlinghi, de Isla, de la UMSA, Los amigos del libro, Juventud, Burillo, etc.

Jorge Catalano publicó un par de artículos, sobre Stravinsky y sobre Albinoni, aunque su músico favorito, que escuchaba en su librería todo el día y todos los días, era Chopin. Su biografía del músico polaco, Chopin: el esplendor del romanticismo (1985) es una obra monumental en tres tomos (1.627 páginas). Jorge fue el fundador de la Sociedad Federico Chopin, cuya actividad no prosiguió después de su muerte.

Colaboré con entusiasmo en las tareas de producción de la revista, hice comentarios bibliográficos y publiqué un par de cuentos y la entrevista con Porfirio Díaz Machicao, publicada en el cuarto número, donde lo más importante fue el poeta Evtuchenko. Mi cuento El asalto salió en el segundo número y en el siguiente otro cuento: Uno, dos y tres.

La poesía estaba siempre presente y cada vez con poemas inéditos de Jaime Nisttahuz, Oscar Cerruto, Silvia Mercedes Ávila, Héctor Borda Leño, Matilde Casazola, Primo Castrillo, Julio de la Vega, Blanca Garnica y el famoso poema de Evtuchenko sobre el Ché. Mención aparte merece el poema Las vísperas de Néstor Paz Zamora, donde aparecen estos versos: "Morir por los amigos / llenar las manos / no secar las lágrimas / cesar el llanto / letanía de darse".

Cada número de Difusión incluía algún espacio publicitario de la editorial de Catalano, algunos de estos anuncios "hechos en casa" muy simpáticos, como aquel del número doble 5-6 donde aparecen los dos niños varones, aún pequeños, de Pedro Shimose leyendo sentados en la trastienda de la librería Difusión en la Avenida Mariscal Santa Cruz 1224 (donde ahora se yergue el Palacio de Telecomunicaciones).

Cosas de esos tiempos, ninguno de los números de Difusión otorga el crédito correspondiente a los autores de las fotografías, ni siquiera aquellas tomadas en el curso de las entrevistas o notas especiales con Evtuchenko, Mario Monteforte Toledo, Manuel Alvar, Juan José Coy, Porfirio Díaz Machicao o Mátyás Horanyi, pero según recuerdo casi todas las tomó Freddy Alborta, que figuraba como responsable de las fotos desde el primer número hasta el último (del 1 al 4 junto a Gerardo Garrón).

La revista Difusión murió en el número 7 con el golpe de Bánzer. Ese número salió cuando Pedro Shimose y yo estábamos ya en el exilio en Madrid, compartiendo durante unos meses un departamento prestado por Inocencio Arias en el barrio del Pilar. El último número lo dejó preparado Pedro antes de salir al exilio, y Catalano lo hizo publicar.

En las notas de la sección "La cueva iluminada" de ese último número se habla de los eventos culturales sin fechas, como si fuera atemporales. Ninguna mención al golpe militar o a la represión. Quizás la intención era mantener en vida la revista a través de su neutralidad, pero en un momento crítico como ese no hay neutralidad posible, era mejor la muerte digna de la publicación.

La foto de la tapa de ese número es emblemática: un aparapita carga tres fardos de botellas vacías de cerveza mientras mira de reojo al fotógrafo.

Como autor, Jorge Catalano no fue muy prolífico. Publicó un breve poemario con el título Linila (1976), luego el libro de cuentos Niños (1978) y finalmente su obra magna, resultado de una investigación de varias décadas, la biografía sobre Chopin mencionada anteriormente. Uno de los siete relatos de Niños, "La locomotora de Manuel", está dedicado a Jaime Sáenz.

Mario Ríos Gastelú:

"Pasión por la música"

Por muchos años llegaron hasta mis oídos sus palabras esperanzadas y pronunciadas a media voz, pues nuestro diálogo siempre tuvo el fondo musical de los románticos del pentagrama.

En sus años de juventud, soñaba tocar un piano. Esperaba escribir un libro sobre el compositor de su preferencia.

Esbozaba versos inspirados en sus días de niñez. En su espíritu romántico y cargado de ensueños, latían inquietudes que tomaron forma y sentido, hasta concretarse en obras literarias de profundo sentimiento, porque en las páginas de cada una, se transmite el amor a los niños, la pasión por la música y la ternura entregada a un hogar que levantó con pasión. A treinta años de su partida, su presencia se manifiesta en la evocación de sus palabras, siempre llevadas a ensalzar el arte.

Jaime Nisttahuz:

"Varias de mis lecturas se las debo"

Me presentó al editor, librero y escritor Jorge Catalano, el amigo poeta Pedro Shimose. Lo asesoraba literariamente. Ilustró e hizo hermosas tapas de los libros que editó Jorge. Nos distanciamos una vez por nuestro temperamento ríspido.

Fue uno de los testigos de mi matrimonio civil. Con la franqueza que lo caracterizaba, me dijo: No te doy un regalo. Te doy este dinero. Es lo que más vas a necesitar.

No era uno más de los comerciantes de libros, como la mayoría, que lo mismo podrían vender salchichas o ladrillos. Él leía y sabía de libros y autores. Varias de mis lecturas se las debo.

Fumaba como un condenado. No era mujeriego. Ganas no le faltaban y merodeadoras tampoco.

Dicen que una de ellas le cambió el vicio de fumar. Más emprendedor que Jorge, no conozco todavía.